cual sucedió por los años de 1646, y no fué de menor alegría el caso que se sigue:

Año de 1652. Entre los muchos y muy religiosos Conventos y Monasterios de Monjas que tiene la ciudad de México, uno es el de Santa María de Gracia, en cuya clausura los espíritus infernales ó duendes hacían ruidos de tanto pavor y espanto, que ni descansaban seguras en su dormitorio las Religiosas, sin que estos malignos espíritus de improviso las inquietasen y perturbasen, ni acompañadas de Comunidad en la sala de labor las permitían trabajar con quietud y consuelo. Andaban con tanto sobresalto las delicadas vírgenes, cuanto se puede entender del flaco y tímido natural mujeril de tiernas doncellas encerradas en su Convento. Muchas eran las oraciones y plegarias que hacían á Nuestro Señor, pidiéndole, por intercesión de santos y reliquias sagradas suyas que tenían, el alivio y remedio de esta su aflicción. Pero tenía la Divina Majestad destinado este remedio, en la intercesión y favor de nuestro santo Patriarca Ignacio, porque un Sacerdote muy devoto suyo, y Capellán del mismo Convento, les aconsejó y persuadió que enviasen á pedir á nuestro Colegio alguna reliquia del Santo para que les librase de aquella aflicción; hiciéronlo así, y lleváronles la firma de San Ignacio, que colgándola con una imagen del Santo en el dormitorio y claustro principal del Convento, desde aquel punto desterró de suerte á aquella infernal canalla, de aquella religiosa Comunidad, que no se sintió más, ni las Religiosas de allí adelante sintieron más rastro de miedo ni temor, aumentándose en ellas la devoción con el Santo, y las que padecieron pavor y espanto viven cuando esta historia se escribe, y ya gozan de mucha quietud.

En un barrio de México, llamado Santiago Tlaltelolco, el año de 1608, había una india devota y que deseaba servir á Dios; envidioso el demonio de su buen propósito, procuró ahogar esta buena semilla con su mala zizaña; comenzó á molestarla mucho con dolores de cuerpo y aflicciones del alma, de modo que con los visajes que la obligaba á hacer, tenía atemorizada y escandalizada á toda la vecindad; lleváronla á diversas Iglesias y Santuarios á pedir remedio de su grande trabajo, y no hallándole llegó á tal extremo, que perdía el juicio; llamaron á uno de los nuestros para que la viese y confesase, y en entrando, dijo la pobre paciente: «Oh, bendito sea Dios, que me han traido el remedio de mi mal.» Comenzó á decir la confesión, aunque con grandísima dificultad, pero al fin rompió con ella, y como se iba confesando se iba alentando y facilitando más en sí, y lloraba que se deshacía, enclavijando las manos de sentimiento; finalmente, clavando los ojos en el Cielo, en absolviéndola, quedó del todo sosegada y adormecida del trabajo que había padecido y de que ya se hallaba libre. El Padre la consoló, y al despedirse, ella le pidió le dejase algún remedio para defenderse de allí adelante de un atormentador tan terrible. Díjole el Padre se encomendase á nuestro Padre San Ignacio, y en memoria suya rezase cada día tres veces el *Pater noster* con el *Ave María* en honor de la Santísima Trinidad, del cual Misterio había sido el santo Padre muy devoto, y tenido de él gran luz y claridad celestial; y porque la pobre mujer había sido muy tentada en este Misterio sacrosanto. Con esto fué el Señor servido darle paz, y con ella vivió y vino á darle gracias á nuestro santo Padre Ignacio, y finalmente,

la devota india salió con intento de servir muy deveras á Nuestro Señor el resto de su vida.

Entre estos casos, me ha parecido referir uno en que ya que nuestro santo Patriarca no librase á un su devoto de la potestad de los demonios, por lo menos le libró de los tormentos y trabajos que á la hora de la muerte estos enemigos del género humano suelen dar por permisión divina. El caso sucedió el año de 1615, cerca de nuestro Colegio de Tepotzotlán, de donde dos Padres nuestros ayudaron á la persona á quien nuestro santo Padre Ignacio, á la hora de su muerte, favoreció, y el caso sucedió de esta suerte: Dos leguas de Tepotzotlán asistía un caballero en un oficio público, era notablemente afecto á la Compañía y muy devoto de nuestro Padre San Ignacio; adoleció de un tabardillo mortal y luego envió á llamar á un Padre de este Colegio, con quien se confesó; pero pasando adelante la enfermedad, le vino á dar uno como frenesí con extraordinarios extremos de fatigas diferentes de las de la enfermedad. Fuéronle á visitar dos Padres, y viéndole de aquella manera le dijeron algunos Evangelios y le encomendaron á Nuestro Señor, y lastimado el uno de ellos de ver al enfermo con tantas congojas que se echaban de ver eran de causa más eficaz que la enfermedad, dijo por él una Misa el día siguiente. El otro Padre, que asistió más tiempo al enfermo, tomó una imagen de nuestro Padre San Ignacio y se la puso en la cabeza, boca y cuello, encomendándole muy de veras al Santo. En esta ocasión, el doliente, por señas y con algunas palabras, significó que los tormentos que le apretaban eran otros que los de la enfermedad; dejáronle por entonces los Padres, por ser fuerza haberse de volver á casa, y pidieron á los circunstantes les avisasen del suceso, y uno de ellos, que era un caballero compañero del enfermo, escribió á uno de los nuestros una carta, en que refiriendo lo que había pasado, dice así: «Mi Padre, ayer lunes, á las ocho del día, fué Nuestro Señor servido de llevarse para sí á nuestro enfermo, y murió como un santo, porque aquel accidente que tenía el jueves se le quitó el viernes á las dos de la madrugada, y quedando con todo su juicio, delante de muchas personas me dijo que le había atormentado un demonio dos días había, y que había visto el Infierno y en él algunas personas conocidas, y que la Madre de Dios del Carmen y el santo Padre Ignacio, le habían sido intercesores por medio de las oraciones de dos Religiosos de esa santa casa. Dijo esto y otras muchas cosas con muchas lágrimas, y rogó á todos no ofendiesen á Dios, por lo mucho que le había costado una alma, y pidió á todos perdón por los enojos que les hubiese dado, muy de corazón; y el sábado en la noche, desde las diez hasta las ocho de la mañana, estuvo abrazado con un Cristo, llorando y pidiéndole misericordia, sin ser posible dejarlo de las manos todo el tiempo dicho, y estaba tan en sí, que rezando una persona que le ayudaba un Salmo de David, erró en cierta parte, y el enfermo lo enmendó y le dijo: «no ha de decir sino así.» Hasta aquí la carta del caballero que asistía al enfermo. Y dos cosas son dignas de reparo en el caso: la primera la terribilidad de las penas que aguardan á los pecadores, pues las que solos dos días padeció este enfermo, parecía que lo sacaban de juicio, y le parecía, y él lo dijo, que le había atormentado el demonio dos siglos, que son doscientos años. También se echa de ver en este caso el favor y ayuda en este trance de nuestro glorioso Pa-

triarca San Ignacio, de quien y de sus hijos era devoto el caballero enfermo, que dijo que la Virgen del Carmen y nuestro Padre le habían sido intercesores para salir bien de aquel trance. Y no ha sido sola esta vez la que la Virgen del Carmen se ha aparecido acompañada de San Ignacio *(de quien, y de sus hijos, era devoto el caballero)*; porque demás que nuestro P. Eusebio hace relación de otra aparición semejante, la santa fundadora de la reforma de esta sagrada familia del Carmen, fué devotísima de la doctrina de San Ignacio y sus hijos.

§ III.

Obras milagrosas y beneficios singulares que ha obrado Dios, en honra de su grande siervo y santo Ignacio, con mujeres que estuvieron en grandes peligros de revesados partos.

En particular se escriben aquí sucesos milagrosos que en esta materia han sucedido en la Nueva España, porque así como Dios Nuestro Señor siempre ha sido y es glorioso en honrar con varios dones, gracias y privilegios particulares á sus santos, de la misma suerte se ha dignado de honrar á nuestro santo Patriarca con una gracia singular y experimentada en toda la cristiandad, de favorecer y librar de evidentes peligros á mujeres que, en trances de revesados partos, le invocaron y se valieron de su favor y amparo. Y aunque de esta manera hay muchos escritos en otras historias, que tocan á otras Provincias del mundo, no será razón que se quede en silencio lo maravilloso que se ha experimentado en la Nueva España.

Notable y celebrado fué el caso que sucedió en México á una señora muy honrada, llamada Doña Francisca de la Paz, mujer de Pedro de Toledo, notablemente devotos de la Compañía; estando desahuciada esta señora de un revesado parto, que le había puesto en el último trance de la vida, y traidas muchas reliquias célebres y de nombre, con cuyo favor fuese socorrida, y no quedando ya por intentar remedio alguno, ni humano ni divino, últimamente, una mulata ladina, devota de nuestro Padre San Ignacio, dijo que trajesen de la Compañía su firma, famosa por otros casos semejantes; y aunque contradecía la partera, pareciéndole que si Dios quisiera remediar la paciente por medio de reliquias, las que tenía bastaban para resucitarla, aun cuando hubiera expirado la enferma; pero como no era traza suya la que Dios disponía, comparaba reliquias con reliquias y santos con santos, y al fin, el deseo de la salud, y la devoción de la enferma, y la instancia de la devota mulata, venció, y á gran prisa vinieron por la firma del Santo á nuestra casa; y hallando el Padre Prepósito que esta reliquia andaba fuera, entre otros enfermos que continuamente la pedían, y por ser personas beneméritas las que la pedían y la necesidad grande; despachó al punto por una parte en busca de la firma y por otra un Padre con una medalla del rostro de nuestro santo Padre Ignacio, en otras ocasiones experimentada; adoróla la enferma, encomendándose al Santo, imploró su favor, y al punto, la criatura que estaba atrevesada y doblada, se revolvió y salió con tanto ímpetu, que le pareció á la madre que le arrancaban las entrañas, escapando

vivas y sanas hija y madre, caso que causó admiración así á los presentes como á los que lo supieron, porque concurrieron en él notables circunstancias: la primera, que había estado la madre en aquel reventadero sin poder parir; otra fué, que el médico la halló sin pulsos antes que le aplicasen la imagen del Santo; y finalmente, la habían colgado en alto para que saliese la criatura, y se habían hecho los más extraordinarios remedios que se acostumbran en semejantes casos; y éste lo tuvo Dios librado en honra de su siervo y Padre nuestro, San Ignacio.

A 7 de Febrero del año de 1618, vinieron muy de prisa á llamar á un Padre de nuestro Colegio de México para que confesase á una mujer que estaba de parto dos días había, y en gran peligro de la vida; por prisa que se dió el Padre á ir, descaeció la mujer, de suerte, que temiendo acabara antes que llegase, llamaron á un Sacerdote que pasaba por la calle y le rogaron entrara á confesarla; hízolo, y cuando ya acababa de confesar, llegó el Padre, y hallando la enferma como difunta y casi sin esperanza de remedio humano, le dijo un Evangelio, exhortando á todos invocasen á San Ignacio; y preguntando si había allí alguna imagen del Santo, y no hallándose, escribió en un papel: *San Ignacio*, y se lo mandó poner sobre la cabeza; á esto, salió un niño diciendo: «Aquí tengo una imagen de San Ignacio,» y mostró una estampa suya; y aplicándosela á la doliente, dentro de un *Ave María* que se la puso, invocando todos al Santo, parió una niña doblada, de modo que los pies tenía pegados á la cabeza, no sin gran admiración de todos los circunstantes, los cuales, instando segunda vez por la salud de la enferma al Santo, luego sintió gran mejoría, y por ella prometieron todos de guardar su día, y visitar su Iglesia, y hacerle un retablo que, para su devoción y consuelo, pusieron en esta casa.

Pero en México, por ser tan ordinario y frecuente el feliz suceso de partos dificultosos, por medio de alguna medalla ó de la firma de nuestro Padre San Ignacio (la cual no dejan parar en nuestra casa), no parece que hace ya tanto estruendo, ni causa novedad este género de maravillas. Aunque no será razón que por ser Dios tan liberal en glorificar á su siervo San Ignacio, seamos nosotros cortos en referir, para su mayor gloria, siquiera algunas de ellas, que, para escribirlas todas, fuera menester un libro entero. En México, pues, el año de 1647, una señora estaba ya bregando con las ansias de la muerte, en trance de un muy peligroso parto, y ya lloraban el fallecimiento de la madre y de la criatura. Hallóse presente en este trance, y cuando ya parecía le faltaban los espíritus vitales á esta señora, un Sacerdote del estado clerical, grande y tiernamente devoto de nuestro santo Padre, por haber tenido experiencia y haber sido testigo de favores que había obrado en semejantes personas afligidas, aplicó á la moribunda señora una medalla de San Ignacio que llevaba al cuello, y al mismo instante le comunicó Dios un nuevo alborozo, y esperanza de feliz parto, y con mucha felicidad echó la criatura; caso que dejó no menos admirados que devotos con nuestro Santo á los circunstantes, que de alegría del suceso repentino, prorrumpieron en sus alabanzas, y nos vinieron á dar nuevas del que juzgaron por milagro.

En la misma ciudad de México, año de 1619, otra señora española, estando muy apretada de un parto revesado, envió á llamar á uno de los nuestros para confesarse, como lo hizo, y estando aguardando el

Padre y su compañero en la antecámara el suceso de aquel peligroso parto, ella dió una recia, lastimera voz, diciendo: «Que me muero, encomiéndenme á Dios, Padres;» entraron al punto allá, y poniéndole el Padre una medalla de nuestro Padre San Ignacio al cuello, y diciéndole que se encomendase á él, ella lo hizo con tan viva fe, que luego, al punto, echó una criatura muerta de tres días, como dijo la partera, y echaba de sí un tan mal olor, que no se podía sufrir, y luego se deshizo como ceniza la criatura; con esto quedó tan reconocida y agradecida á nuestro Padre San Ignacio la que se había visto á peligro de morir, que luego mandó hacer un retablo del Santo, y lo puso en su altar, trayendo siempre al cuello la medalla que le dieron en la apretura del parto; continuó desde entonces la frecuencia de los Santos Sacramentos, con tanto aprovechamiento de su alma, que dándole Nuestro Señor otra enfermedad, de que murió, preparándose y disponiéndose para la muerte con grande ejercicio de virtudes y una gran conformidad con la voluntad de Nuestro Señor, llegó á tener grandes paraxismos, y del último volvió, diciendo con una voz muy tierna y devota: «Ay, qué lindo resplandor que tiene nuestro Señor Jesucristo, á quien he visto. Oh, qué suave es la ley de Dios y la guarda de sus Mandamientos. ¿Es posible? ¿Esto es morir? ¿Esto es lo que tanto se teme? Llámole yo principio de dichosa vida.» Y con esto acabó esta sierva de Dios, devota de San Ignacio, dejando á todos prendas de que iba á gozar de la eterna.

En la misma ciudad de México, una india, había diez y seis meses que estaba preñada; y viendo las parteras que pasaba tanto del tiempo, teniendo por imposible ser criatura la que traía en las entrañas aquella mujer, se persuadieron ser alguna apostema ó algún monstruo; entreoyendo ella aquesto, se vino á nuestro Colegio muy afligida, llamó á un Padre, díjole su congoja, confesóse y pidióle la encomendase al Señor; el Padre le dió una imagen en papel de nuestro Padre San Ignacio, diciéndole se la aplicase y se encomendase al Santo; hízolo con muchas veras, y fué cosa admirable, que aquel mismo día, á las *Ave Marías*, sintió algunos como dolores de parto, aunque tan amortiguados, que juzgaba ella misma ser imaginación, y no lo fué, sino merced del Santo, porque á las ocho de la noche, sin dolor de consideración ni ser necesario llamar la partera, parió de repente una criatura sana y viva, y después vivieron madre é hija; y como ésta se iba criando, también la madre iba creciendo en devoción de su santo Padrino, nuestro glorioso Patriarca San Ignacio, con quien los naturales tienen tanta devoción, que muchos procuran tener medalla ó imagen suya, y algunos la han hecho pintar de pincel y la tienen en sus oratorios muy acabada; que es muy usado entre esta gente, aunque sean pobres, tenerlos en sus casas, y el Santo les socorre cuando le invocan en sus enfermedades y necesidades, de que se pudieran referir innumerables ejemplos.

Es tan universal la gracia que ha concedido Dios Nuestro Señor á su Santo Ignacio para favorecer partos é hijos que le nacen á la Iglesia militante, y después han de ir á poblar la triunfante, que esa gracia no sólo la ejercita tan frecuentemente como habemos dicho en la ciudad de México, cabeza de este Nuevo Mundo, sino en todos sus lugares y Provincias, ni sólo se contenta con favorecer los buenos alumbramientos de los partos, sino parece que se encarga y queda como

obligado á favorecer y conservar los frutos que de ellos nacen. Esto se echará de ver en un caso que fué muy celebrado en un hijo primogénito de un caballero que era Gobernador de la Provincia de Suchitepec, doscientas y más leguas distante de México, y es el siguiente: «Habiendo concebido la esposa de este caballero, llamado D. Alonso Echávez Galindo, y estando recelosa del parto por ser la primera vez que se hallaba en este trance, acertaron su marido y ella á leer la vida de nuestro Padre San Ignacio, compuesta por el P. Andrés Lucas, de nuestra Compañía; y estando empleados en su lectura, y conociendo por ella los grandes milagros que Nuestro Señor había obrado por intercesión del glorioso Santo, con las mujeres que se hallaban apretadas con rigurosos partos, le ofrecieron, de común consentimiento, el ponerle al fruto que tuviesen de bendición, el nombre del Santo, eligiéndole por patrón y abogado de su familia. Sucedió, pues, que el día del glorioso Apóstol y Evangelista San Mateo, 21 de Septiembre, año de 1640, á las siete de la mañana, le vinieron los dolores del parto que le duraron hasta la una del día, con grandes dolores y aflicciones ocasionados del riguroso parto; viéndola tan afligida su marido, luego sobre el vientre puso el libro de la vida de San Ignacio, y con esto, al punto, parió un niño, pero casi ahogado; pusiéronle una reliquia de la vestidura del mismo Santo, que uno de los nuestros le había dado, con que al punto volvió en sí, y aquel mismo día, viéndole tan peligroso, le bautizaron poniéndole por nombre Ignacio Mateo. Crióse este niño con muy poca salud diez y seis meses por haber nacido con alferecía; y dos años después, día de la Purificación de Nuestra Señora, le sobrevino otro achaque que le dejó pasmado y como muerto, y después le repitió un tan gran desmayo, que alborotó la casa, donde concurrió gente principal del pueblo, y todos suspensos esperando el fin del suceso; á las siete de la noche le dió otro paroxismo tan recio, que la mujer que le tenía en sus brazos pidió á los circunstantes sacasen á su madre fuera de la sala, porque el niño era muerto; estaba sin pulsos, ya frío y yerto el cuerpecito; y los Sacerdotes que allí se hallaron, Curas del pueblo, trataron de sacarle con todo silencio y darle sepultura sin que su madre lo entendiese; viendo el padre tan infeliz suceso, se fué á la Iglesia que estaba cerca de su casa, y en su compañía muchos de los vecinos del pueblo, é hincándose de rodillas todos, el afligido caballero ofreció á Dios Nuestro Señor aquel trabajo y dolor que Su Majestad le enviaba, y él sentía, por la pérdida de hijo que era el único de su casa; estando en esta oración tan fervoroso, le trajo Dios á la memoria la reliquia que tenía de San Ignacio, juntamente con una tan extraordinaria alegría, que á él mismo le causó grande novedad, como él lo dijo. Volvió á su casa, halló al niño todavía en brazos de la ama que lo criaba, y tenían por difunto, é hincándose de rodillas, con toda la devoción que pudo, le puso la reliquia del Santo en la boca, diciendo: «Santo glorioso, por vuestra intercesión me dió Dios este niño, si conviene para su santo servicio, yo os suplico intercedais con Su Divina Majestad para que le dé vida y yo os prometo de ayunaros toda mi vida vuestra vigilia y guardar yo y toda mi familia el día de vuestra fiesta.» Al punto el niño, caso milagroso, dió señales de vida con algunos meneos, y dijeron todos á voces: «Ya vive, ya vuelve en sí,» y poco á poco fué mejorando, y á las doce de la noche tomó el pecho, pero quedó tan flaco y descaecido, que en

muchos días no le pudieron tener sentado, ni alzarle la cabeza de una almohada, para que quedase rastro de la grande enfermedad de que Dios le había librado; porque después le dió Su Divina Majestad tan entera salud y vivió tan sano, que cuando esto se escribe, cursa este niño, con grande alegría y ejemplo de virtud, nuestros estudios de México, y en ella muestra ser prenda de la intercesión de nuestro Padre San Ignacio, y como á tal la mira su padre, cumpliendo puntualmente las promesas, que por su vida hizo al Santo, y de este caso, como milagroso, hizo información auténtica el Cura de los suchitepeques que se halló presente, Dr. Lorenzo de Escobar, Canónigo que después fué de Guatemala.

No fué menos maravilloso el caso que sucedió en la ciudad de los Angeles el año de 1624. Llamaron á uno de nuestros Padres para confesar á una mujer que estaba de parto de una criatura muerta de días, y había diez y ocho horas que estaba en reventadero y atravesada la criatura. Apenas la pudo confesar el Padre en cinco veces, porque eran tales los desmayos mortales y agonías que padecía, que cada vez le absolvía, entendiendo que ya expiraba; al salir del aposento donde estaba la doliente, le dijo el dueño de la casa que si traía algunas reliquias que ponerle, y no trayéndolas, le respondió que solamente traía una medalla de San Ignacio; pidiéronsela y dióla, y dándola se despidió el Padre; fué cosa maravillosa, que apenas se pudo rezar un *Pater noster* ni salir el Padre de la casa, cuando á voces de alegría y alabanzas de nuestro Padre San Ignacio, le llamaron, diciéndole el milagro que el Santo había obrado; pues apenas, dicen, tocó la doliente la medalla, cuando había echado la criatura, podrida de cuatro días y de muy mal olor, quedando la madre buena y sana, y vino á hacer gracias al altar de nuestro santo Padre; y el dueño de la casa quedó aficionadísimo á su devoción, y cada vez que veía pasar al Padre por la calle, á voces renovaba la maravilla que Dios obró por medio de nuestro santo Padre en aquella casa, y sacaba á mostrar buena y sana á la que estuvo en manos de la muerte.

Más admirable fué el caso que le pasó á un Padre nuestro, Superior que era de una de las misiones que entre indios nuevos en la fe tiene la Compañía á su cargo. Porque habiendo estado una india enferma no sólo de la peste que corría entre los indios el año de 1647, sino también en el riesgo y peligro de un revesado parto que padecía, y habiendo durado tres días, llamaron al Padre con quien la afligida india se confesó como para morir, y después le aplicó una medalla de nuestro Padre San Ignacio, diciéndole su oración, y antes de acabarla, la que tres días enteros había estado penando, echó una criatura, y el Padre se volvió á su casa. Pasadas poco más de dos horas, la buena india cristiana, habiendo llamado al mismo Padre, le dijo: «Padre, pues yo estaba casi muerta y reviví con la medalla que me pusiste, pónsela á mi hija, que me da mucha pena se haya muerto sin Bautismo, quizá querrá el santo Ignacio ayudarle;» replicó el Padre diciendo que ya aquella criatura estaba muerta, pero para consolar á la madre, añadió que ofreciese á Dios aquel sentimiento que tenía. Aquí la india, sincera cristiana (de aquellas á quienes gusta Dios de hacer favores), persistiendo en su petición y con mayor instancia, rogó al Padre aplicase á aquella criatura la medalla de nuestro Padre San Ignacio; condescendió el Padre con su ruego y aplicóla al cuerpecito

muerto, delante de un testigo español y de otros indios que se hallaron presentes, rezando juntamente la oración del Santo. Cosa maravillosa: luego la criatura movió un bracito, y cogiéndola en sus brazos la madre enferma, desde ellos voló al Cielo aquella dichosa alma, quedando la madre tan consolada, que juntamente sanó de la enfermedad de peste que había padecido. Digno es de toda fe el religioso Padre llamado Nicolás de Zepeda, á quien sucedieron estos admirables casos de resucitar una criatura muerta y sana su madre, enferma de peste y de revesado parto, y todo sucedió á su vista y de otros que se hallaron presentes; y demás de haber trabajado el dicho Padre en la predicación del santo Evangelio, con mucho ejemplo entre esta gente bárbara, también era Superior de otros Religiosos que andaban en aquellas misiones, en las cuales, á los Ministros que se emplean en ellas, es cierto que les ha favorecido y favorece nuestro santo Padre, no pocas veces, con muy señalados beneficios y milagros, como en mies y viña, donde sus hijos tan gloriosamente trabajan.

Aunque estaba en duda de contar entre los casos milagrosos referidos el que ahora se sigue, por no haber sucedido en criatura racional, ni capaz de la divina gracia, á que principalmente endereza Dios sus obras de maravillosas misericordias; pero con todo, porque en ésta que contaré resplandece la benignidad del que es Soberano Criador, que crió no sólo las criaturas racionales, sino también las irracionales, que podían ser de gusto y entretenimiento para los hombres; y en estas, por respeto de los mismos hombres, se ha mostrado muchas veces admirable, obrando en ellas cosas maravillosas, cuales fueron las que también, para hacer admirable á su querido San Ignacio, y para consuelo de un devoto suyo, obró en un animalillo y perrita de falda, en la ciudad de México, casi al tiempo que se escribe esta historia; no quise dejar de referirlo, y fué el caso: «Que una perrita de falda, la cual quería mucho su señora, y la tenía por regalo y entretenimiento, no podía parir sus cachorrillos, y habiendo estado tres ó cuatro días sin poder echarlos, estando tendida casi para morir, de suerte que no podía comer ni beber, ni podía echar el aliento. En esta ocasión, hallándose presente un Sacerdote muy devoto de nuestro Padre San Ignacio, dijo á los circunstantes que pidiesen al Santo que ayudase á aquel animalito, y levantando él los ojos al Cielo, con toda fe, dijo: «Padre mío San Ignacio, favoreced en este conflicto á esta perrita;» lo cual dicho, al punto se levantó en pie y recobró milagrosamente las fuerzas, y delante de todos los que se hallaron presentes, parió dos cachorrillos, uno vivo y otro muerto, y quedó sana de repente y con tal alegría, que comenzó á hacer halagos con la colilla y con todo el cuerpecillo, y luego á lamer el cachorrillo vivo. Caso fué éste que admiró á todos los que se hallaron presentes; y no es el primero que ha obrado Dios en animales irracionales, que á un cuervo obligaba Dios que llevara el pan que había de comer su solitario Antonio, con otros que leemos en las historias. Y también es confirmación del gusto con que nuestro Padre San Ignacio emplea la gracia que Nuestro Señor le ha concedido, de favorecer á las mujeres que lo invocan en sus peligrosos partos, de que son, sin cuento, los que han sucedido en la Nueva España.